

JEAN M.
AUDEL

LOS HIJOS DE LA TIERRA®

LA TIERRA DE LAS
CUEVAS PINTADAS



MAEVA

Adelanto de edición. © MAEVA Ediciones

Este libro se encuentra en proceso de edición,
puede contener erratas.

Galeradas promocionales.

MAEVA Ediciones es titular de todos los derechos de propiedad intelectual de estos archivos digitales. Todos los derechos están reservados y por tanto su contenido pertenece única y exclusivamente a MAEVA Ediciones. El acceso a este material no supondrá en forma alguna, licencia para su reproducción y/o distribución que, en todo caso, estará prohibida salvo previo y expreso consentimiento por escrito de MAEVA Ediciones. El usuario se compromete a usar estos archivos exclusivamente para uso personal.

CAPÍTULO 1

El grupo de viajeros avanzaba por la senda paralela al Río de la Hierba, entre sus aguas cristalinas y chispeantes y la pared de caliza blanca veteadas de negro que se alzaba en la orilla derecha. En fila de a uno, doblaban el recodo donde la pared rocosa sobresalía y se acercaba al cauce. Más adelante, un camino menor se desviaba hacia el vado, donde la corriente, más ancha y menos profunda, espumeaba en torno a las piedras que asomaban a la superficie.

Antes de llegar a la bifurcación, una joven situada casi en la cabeza del grupo se paró de pronto y, totalmente inmóvil, fijó la mirada al frente, con los ojos muy abiertos. Señaló con la barbilla, reacia a moverse.

—¡Mirad! ¡Allí! —anunció con un susurro sibilante, trasluciéndose el miedo en su voz—. ¡Leones!

Joharran, el jefe, levantó el brazo para dar el alto. Vieron deslizarse entre la hierba, poco más allá del desvío, varios leones cavernarios de color pardo rojizo. No obstante, la hierba era un camuflaje tan eficaz que ni siquiera hallándose mucho más cerca habrían advertido la presencia de aquellas fieras a no ser por la aguda vista de Thefona. La muchacha de la Tercera Caverna tenía una vista excepcional, y si bien era muy joven, destacaba por su capacidad para ver a lo lejos y a la perfección. Este don innato se había puesto de manifiesto en ella a muy corta edad, y habían empezado a adiestrarla siendo aún muy pequeña; ahora era su mejor vigía.

Casi en la cola del grupo, justo delante de los tres caballos, Ayla y Jondalar alzaron la mirada para ver por qué se habían detenido.

—¿Por qué habremos parado? —preguntó Jondalar, arrugando la frente en su habitual ceño de preocupación.

Ayla, observando con atención al jefe y a quienes se hallaban alrededor, protegió instintivamente con la mano el bulto cálido que

llevaba a cuestas en la suave manta de piel amarrada al pecho. Jonayla acababa de mamar y dormía, pero se movió un poco al tocarla su madre. Ayla poseía una extraña habilidad para interpretar el significado del lenguaje corporal, adquirida de joven cuando vivía con el clan. Sabía que Joharran se había alarmado y que Thefona estaba asustada.

Ayla también tenía una vista extraordinaria. Además, era capaz de percibir sonidos por encima de los umbrales auditivos normales, así como los tonos graves más bajos de la escala. Su sentido del olfato y el gusto eran también muy finos, pero ella nunca se había comparado con nadie y no era, pues, consciente de esa capacidad de percepción fuera de lo común. Había nacido con unos sentidos de una agudeza extrema, lo que sin duda la ayudó a sobrevivir cuando, a los cinco años, perdió a sus padres y todo cuanto conocía. Sus notables aptitudes las había adquirido por sí sola. Había desarrollado sus habilidades naturales durante los años que dedicó a estudiar a los animales, en particular los carnívoros, a la vez que aprendía a cazar.

En el silencio distinguió el murmullo leve de los leones, para ella muy familiar, captó su olor característico en la tenue brisa y advirtió que, en la cabeza del grupo, varias personas miraban al frente. Al fijarse, vio que algo se movía. De repente los felinos ocultos por la hierba parecieron mostrarse más nítidamente. Vio tres o cuatro leones cavernarios adultos y dos crías. Se echó a caminar llevándose una mano al lanzavenablos, prendido del cinturón mediante una lazada, y la otra al carcaj, colgado a la espalda, donde guardaba las lanzas.

—¿Adónde vas? —preguntó Jondalar.

Ayla se detuvo.

—Allí delante hay leones, un poco más allá de donde se desvía la senda —musitó.

Jondalar se volvió para mirar en esa dirección y, al advertir un movimiento, supuso que se trataba de los leones, ahora que sabía que estaban allí. También él echó mano a sus armas.

—Tú quédate aquí con Jonayla. Ya voy yo.

Ayla contempló por un momento a su niña dormida y luego lo miró a él.

—Manejas bien el lanzavenablos, Jondalar, pero hay al menos tres leones adultos y dos crías, puede que más. Si los leones piensan que las crías están en peligro y deciden atacar, necesitarás ayuda, alguien que te cubra la espalda, y sabes que, después de ti, soy la mejor.

Mirándola, Jondalar se detuvo a pensar y volvió a arrugar la frente.

–De acuerdo... pero quédate detrás de mí. –De reojo, percibió un movimiento a sus espaldas y echó un vistazo–. ¿Y qué hacemos con los caballos?

–Sabén que hay leones cerca –respondió Ayla–. Míralos.

Jondalar los observó. Los tres caballos, incluida la potranca, miraban hacia delante, conscientes sin duda de la proximidad de los enormes felinos. Jondalar frunció otra vez el entrecejo.

–¿Estarán bien? ¿Sobre todo la pequeña Gris?

–Sabén que deben mantenerse alejados de esos leones, pero no veo a Lobo –dijo Ayla–. Voy a llamarlo con un silbido.

–No hace falta –contestó Jondalar, señalando en otra dirección–. También él debe de haber notado algo. Ahí viene.

Al volverse, Ayla vio a un lobo correr hacia ella. El cánido era un ejemplar magnífico, más grande que la mayoría de los animales de su especie, pero a causa de una herida en una pelea con otros lobos le había quedado una oreja algo maltrecha, que le confería cierto aire de golfo. Ayla le dirigió la señal característica que empleaba cuando cazaban juntos. Como el animal sabía, significaba que debía quedarse cerca y prestarle a ella máxima atención. Corrieron hacia la cabeza del grupo por entre la gente, procurando no provocar un revuelo innecesario y pasar lo más inadvertidos posible.

–Me alegro de que estéis aquí –dijo Joharran en voz baja cuando vio aparecer discretamente a su hermano y Ayla acompañados del lobo y con los lanzavenablos en la mano.

–¿Sabéis cuántos son? –preguntó Ayla.

–Más de los que creía –contestó Thefona, que intentaba aparentar calma y disimular su miedo–. Al verlos, he pensado que quizá eran tres o cuatro, pero se mueven entre la hierba, y ahora me parece que quizá haya diez o más. Es una manada grande.

–Y se sienten muy seguros de sí mismos –añadió Joharran.

–¿Cómo lo sabes? –preguntó Thefona.

–No nos prestan atención.

Jondalar, que sabía que su compañera conocía bien a los grandes felinos, dijo:

–Ayla entiende de leones cavernarios. Quizá debamos pedirle su opinión.

Joharran la señaló con un gesto de la cabeza, formulando la pregunta sin hablar.

–Joharran tiene razón. Saben que estamos aquí. Y saben cuántos son ellos y cuántos somos nosotros –explicó Ayla. Luego añadió–: Puede que nos vean como una manada de caballos o de uros y piensen que podrán separar del grupo a algún miembro débil. Diría que son nuevos en esta zona.

–¿Qué te lleva a pensar eso? –preguntó Joharran. Siempre lo sorprendían los grandes conocimientos de Ayla acerca de los cazadores cuadrúpedos, pero por alguna razón era también en momentos como ése cuando más advertía el acento peculiar de la mujer.

–No nos conocen, y por eso se sienten tan seguros de sí mismos –prosiguió Ayla–. Si fuera una manada autóctona, habituada a vivir cerca de los humanos, y hubiese padecido persecuciones o carcerías alguna vez, dudo que estuvieran tan tranquilos.

–Pues quizá debemos darles motivos de preocupación –sugirió Jondalar.

Joharran arrugó la frente, en un gesto muy parecido al de su hermano, más alto que él pese a ser el menor. Al verlo, Ayla sintió deseos de sonreír, pero esa expresión ceñuda solía aparecer en el rostro de Joharran en momentos en que sonreír no era lo más oportuno.

–Quizá sería más sensato eludirlos –afirmó el jefe de pelo oscuro.

–No lo creo –dijo Ayla, agachando la cabeza y bajando la vista. Aún le costaba llevar la contraria a un hombre en público, y más si tenía rango de jefe. Aunque sabía que ese comportamiento en una mujer era del todo aceptable entre los zelandonii –al fin y al cabo, algunos jefes eran mujeres, incluida, en su día, la madre de Joharran y Jondalar–, jamás se habría tolerado en el clan, entre quienes ella se había criado.

–¿Por qué no? –preguntó Joharran, a la vez que su expresión ceñuda se transformaba en una mueca de enfado.

–Esos leones han elegido un lugar de descanso demasiado cercano a la Tercera Caverna –explicó Ayla en voz baja–. Siempre habrá leones en los alrededores, pero si se sienten a gusto aquí, puede que lo consideren un sitio al que volver cuando quieran descansar, y que vean a cualquier persona que se acerque como posible presa, en especial a los niños y los ancianos. Podrían ser un peligro para quienes viven en la Roca de los Dos Ríos, y las otras cavernas de las inmediaciones, incluida la Novena.

Joharran respiró hondo y a continuación miró a su hermano de cabello claro.

–Tu compañera tiene razón, y tú también, Jondalar. Quizá sea el momento de dejar claro a estos leones que no son bienvenidos tan cerca de nuestros hogares.

–Ésta sería una buena ocasión para cazarlos a una distancia prudencial usando los lanzavenablos. Varios cazadores han estado practicando –observó Jondalar. Era precisamente esa clase de situaciones en las que pensaba cuando, tiempo atrás, se planteaba volver a casa para enseñar a todos el arma inventada por él–. Puede que ni siquiera tengamos que matar a ninguno; quizá baste con herir a un par para enseñarles a guardar las distancias.

–Jondalar –dijo Ayla en voz baja. Estaba armándose de valor para discrepar de él, o al menos para señalar algo que él debía tener en cuenta. Volvió a bajar la vista y, al levantarla, lo miró abiertamente. No temía decirle lo que pensaba, pero quería mostrarse respetuosa–. Es verdad que un lanzavenablos es una buena arma. Con él, puede arrojarse una lanza desde una distancia mucho mayor que con la mano, y gracias a eso es más segura. Pero que sea más segura no quiere decir que sea del todo segura. Un animal herido es imprevisible. Y un animal con la fuerza y la velocidad de un león cavernario, enloquecido por el dolor, sería capaz de cualquier cosa. Si decides usar esta arma contra esos leones, no ha de ser para herirlos, sino para matarlos.

–Tiene razón, Jondalar –terció Joharran.

Jondalar miró a su hermano con el entrecejo fruncido, pero al cabo de un momento sonrió tímidamente.

–Sí, es verdad; pero, por peligrosos que puedan ser, nunca me ha gustado matar a un león cavernario a menos que sea del todo necesario. Son unos animales hermosos, y se mueven con agilidad y gracia. Los leones cavernarios no tienen miedo casi a nada. Su fuerza les da seguridad. –Miró a Ayla con un destello de orgullo y amor–. Siempre he pensado que el tótem del León Cavernario de Ayla es idóneo para ella. –Avergonzado por manifestar sus hondos sentimientos hacia compañera, un ligero rubor asomó a sus mejillas–. Pero pienso que ésta es una ocasión en que los lanzavenablos podrían ser muy útiles.

Joharran advirtió que la mayoría de los viajeros se habían acercado.

–¿Cuántos de nosotros saben usar el lanzavenablos? –preguntó a su hermano.

–Bueno, tú, yo y Ayla, claro –respondió Jondalar, mirando al grupo–. Rushemar ha practicado mucho y se le da cada vez mejor.

Solaban ha estado ocupado haciendo empuñaduras de marfil para algunas de nuestras herramientas y no le ha dedicado apenas tiempo, pero sabe lo básico.

–He probado el lanzavenablos unas cuantas veces, Joharran. No tengo uno propio, y no lo domino –intervino Thefona–, pero soy capaz de arrojar una lanza con el brazo.

–Gracias por recordármelo, Thefona –dijo Joharran–. Casi todos saben manejar la lanza sin lanzavenablos, incluidas las mujeres. Eso no deberíamos olvidarlo. –Dirigió entonces sus comentarios al grupo entero–. Tenemos que dejar claro a los leones que éste no es buen sitio para su manada. Quien quiera ir a por ellos, con o sin lanzavenablos, que se acerque.

Ayla empezó a desatar la manta con que acarreaba a su bebé.

–Folara, ¿cuidarás de Jonayla por mí? –preguntó, aproximándose a la hermana menor de Jondalar–. A no ser que prefieras quedarte y cazar leones.

–He salido de cacería alguna vez, pero nunca se me ha dado muy bien la lanza, y según parece, no se me da mucho mejor el lanzavenablos –contestó Folara–. Me ocuparé de Jonayla.

La niña había despertado, y cuando la joven tendió los brazos para cogerla, la pequeña se echó gustosamente hacia su tía.

–Yo la ayudo –dijo Proleva a Ayla. La compañera de Joharran también llevaba en una manta de acarreo a una niña recién nacida, sólo unos días mayor que Jonayla, y tenía asimismo un hijo muy activo de unos seis años por quien velar–. Creo que deberíamos alejar de aquí a todos los niños, quizá hasta detrás del saliente de roca, o subirlos a la Tercera Caverna.

–Muy buena idea –convino Joharran–. Que los cazadores se queden aquí y el resto retroceda, pero despacio, sin movimientos bruscos. Queremos que esos leones cavernarios piensen que nos movemos en círculo, como una manada de uros. Y cuando nos separemos, cada grupo debe permanecer unido. Probablemente atacarán a cualquiera que se quede solo.

Ayla se volvió de nuevo hacia los cazadores cuadrúpedos y observó que varios leones los miraban, muy alertas. Los animales se desplazaban de un lado a otro, y empezó a distinguir ciertos rasgos diferenciadores, lo que le permitió contarlos. Vio a una gran hembra volverse con indiferencia; no, era un macho, cayó en la cuenta al reparar en sus genitales desde atrás. Había olvidado por un momento que allí los machos no tenían melena. Los leones cavernarios macho de las inmediaciones de su valle, al este, incluido uno que

conocía muy bien, tenían pelo, aunque no mucho, alrededor de la cabeza y el cuello. «Ésta es una gran manada, pensó; hay más de dos manos de palabras de contar, posiblemente tres, incluidas las crías.»

Mientras observaba, el enorme macho avanzó por el campo unos cuantos pasos más y se perdió de vista entre la hierba. Era asombroso lo eficazmente que aquellos tallos altos y delgados ocultaban a animales de tal tamaño.

Si bien los huesos y los dientes de los leones cavernarios –unos felinos que vivían en cuevas, donde se han conservado sus huesos– tenían la misma forma que los de sus descendientes (los leones que en un futuro lejano vagarían por las lejanas tierras del continente situado al sur), eran en cuanto a tamaño como uno y medio de éstos, y a veces casi el doble de grandes. En invierno les crecía un pelaje espeso, tan claro que parecía blanco, un práctico medio de camuflaje en la nieve para unos depredadores que cazaban todo el año. Su pelaje de verano, aunque también muy claro, tenía un matiz pardo rojizo, y algunos de los ejemplares de aquella manada estaban aún mudando el pelo, lo que les daba un aspecto raído y moteado.

Ayla observó al grupo compuesto sobre todo de mujeres y niños separarse de los cazadores y retroceder hacia la pared rocosa, junto con unos cuantos hombres y mujeres jóvenes con las lanzas a punto, asignados por Joharran para protegerlos. Advirtió entonces que los caballos parecían especialmente nerviosos y pensó que debía intentar calmarlos. Hizo una seña a Lobo para que la acompañara.

Dio la impresión de que Whinney se alegraba de verlos a ella y a Lobo cuando se acercaron. La yegua no tenía miedo del gran cánido depredador. Había visto crecer a Lobo desde que era una bolita de pelo revuelto, y había ayudado a criarlo. Pero a Ayla le preocupaba una cuestión. Quería que los caballos se retiraran hasta más allá del recodo en la pared de piedra, junto con las mujeres y los niños. Podía dar muchas órdenes a Whinney con palabras y señales, pero no sabía bien cómo indicarle que acompañara a los otros en lugar de seguirla a ella.

Corredor relinchó cuando Ayla se aproximó; se lo veía aún más agitado que a los otros. Tras saludar al corcel zaino afectuosamente, dio unas palmadas y rascó a la potranca gris; por último, abrazó el robusto cuello de la yegua de color pardo amarillento que había sido su única amiga durante los primeros años de soledad después de abandonar el clan.

Whinney colocó la cabeza sobre el hombro de la joven en una postura habitual de apoyo mutuo. Ayla habló a la yegua con una mezcla de signos del clan y palabras, y sonidos animales que sabía imitar: el lenguaje especial que había creado con Whinney cuando era una potranca, antes de que Jondalar le enseñara a hablar su lengua. Ayla indicó a la yegua que se marchara con Folara y Proleva. Ya fuera porque el animal la comprendió, o simplemente porque sabía que eso sería lo más seguro para su cría y para ella, retrocedió hacia la pared de roca junto con las otras madres cuando Ayla señaló en esa dirección.

Pero Corredor estaba tenso y nervioso, y se inquietó más aún cuando la yegua se alejó. Pese a ser ya adulto, el joven corcel estaba acostumbrado a seguir a su madre, sobre todo cuando Ayla y Jondalar cabalgaban juntos. Pero en esta ocasión no se marchó con ella de inmediato. Brincó y cabeceó y relinchó. Jondalar lo oyó, lanzó una mirada al corcel y la mujer, y se reunió con ellos. El joven caballo respiró al acercarse el hombre. Jondalar se preguntó si no sería que empezaban a manifestarse los instintos protectores del animal, con dos hembras en su pequeña «manada». Para tranquilizarlo, le habló, lo acarició y le rascó en aquellos lugares donde más le gustaba; después le indicó que se marchara con Whinney y le dio una palmada en la grupa. Bastó para que el corcel trotara en la dirección debida.

Ayla y Jondalar regresaron junto a los cazadores. Joharran y sus dos consejeros y más íntimos amigos, Solaban y Rushemar, estaban en el centro del grupo. Ahora parecía mucho más reducido.

—Hablábamos de cuál es la mejor manera de organizar la cacería —explicó Joharran cuando la pareja volvió—. No sé bien qué estrategia emplear. ¿Debemos intentar rodearlos? ¿O es mejor dirigirlos hacia un sitio en particular? Yo sé cazar para conseguir carne: ciervos, bisontes o uros, incluso mamuts. He matado algún que otro león que se ha acercado al campamento, con la ayuda de otros cazadores, pero no acostumbro cazar leones, y menos una manada entera.

—Como Ayla conoce a los leones —propuso Thefona—, preguntémosle a ella.

Todos se volvieron hacia Ayla. La mayoría de ellos conocía la historia de la cría de león herida que Ayla había acogido y criado hasta la edad adulta. Cuando Jondalar les contó que el león la obedecía igual que el lobo, le creyeron.

—¿Tú qué opinas, Ayla? —preguntó Joharran.

—¿Veis cómo nos observan los leones? Nos miran igual que nosotros a ellos. Se consideran los cazadores. Es posible que les

sorprenda verse convertidos en presas para variar –comentó Ayla, y guardó silencio por un momento–. Creo que debemos caminar hacia ellos en grupos, quizá gritando y hablando en voz alta, y ver si así retroceden, pero tened las lanzas a punto, por si acaso uno o varios se echan sobre nosotros antes de que decidamos darles caza.

–¿Acercarnos a ellos a cara descubierta? ¿Eso quieres decir? –preguntó Rushemar, ceñudo.

–Puede que dé resultado –dijo Solaban–. Y si permanecemos juntos, podemos cuidar unos de otros.

–Parece un buen plan, Joharran –confirmó Jondalar.

–Supongo que es tan bueno como el que más, y me gusta la idea de permanecer juntos y cuidar unos de otros –respondió el jefe.

–Yo iré delante –se ofreció Jondalar. Sostenía en alto el lanzavenablos, ya armado y listo–. Con esto puedo arrojar una lanza en un abrir y cerrar de ojos.

–Seguro que sí, pero esperemos a acercarnos más para que todos podamos hacer blanco fácilmente –contestó Joharran.

–Claro –convino Jondalar–, y Ayla me cubrirá la espalda por si surge algún imprevisto.

–Me parece bien –respondió Joharran–. Todos necesitamos un compañero, alguien que cubra la espalda a quien lance primero, por si falla el tiro y los leones atacan en lugar de huir. Cada pareja puede decidir quién lanzará primero, pero será menos confuso si todos esperan una señal antes de lanzar.

–¿Qué señal? –preguntó Rushemar.

Joharran guardó silencio por un momento y por fin dijo:

–Estad atentos a Jondalar. Esperad a que él lance. Ésa puede ser nuestra señal.

–Yo seré tu compañero, Joharran –se ofreció Rushemar.

El jefe asintió.

–Yo necesito a alguien que me respalde –dijo Morizan. Era hijo de la compañera de Manvelar, recordó Ayla–. No sé si lo hago muy bien, pero he estado ejercitándome.

–Yo iré contigo. He estado practicando con el lanzavenablos.

Ayla se volvió al oír esa voz femenina y vio que era Galeya, la amiga pelirroja de Folara.

Jondalar se volvió también. «Ésa es una manera de acercarse al hijo de la compañera del jefe», pensó, y miró a Ayla, preguntándose si había captado la implicación.

–Yo iré con Thefona, si me acepta –propuso Solaban–, puesto que, como ella, usaré sólo la lanza, sin lanzavenablos.

La joven le sonrió, alegrándose de formar pareja con un cazador más maduro y experimentado.

–Yo he estado practicando con el lanzavenablos –anunció Palidar. Era amigo de Tivonan, el aprendiz de Willamar, el maestro de comercio.

–Podemos ser pareja, Palidar –dijo Tivonan–, pero yo sólo sé usar la lanza.

–La verdad es que yo tampoco me he ejercitado mucho con el lanzavenablos –admitió Palidar.

Ayla sonrió a los jóvenes. Tivonan, como aprendiz de comercio de Willamar, sería sin duda el siguiente maestro de comercio de la Novena Caverna. Su amigo, Palidar, había vuelto con Tivonan cuando éste fue a visitar su caverna en una breve misión comercial, y también fue él quien encontró el lugar donde Lobo había librado una atroz pelea con otros lobos y llevó a Ayla hasta allí. Ella lo consideraba un buen amigo.

–No he hecho grandes progresos con el lanzavenablos, pero sé manejar la lanza. –Era Mejera, la acólita de la Zelandoni de la Tercera, se dijo Ayla, recordando que la joven estaba con ellos la primera vez que Ayla se adentró en la Profundidad de la Roca de la Fuente para buscar la fuerza vital del hermano menor de Jondalar cuando intentaban ayudar a su elán a encontrar el camino hacia el mundo de los espíritus.

–Todos han escogido ya pareja, así que supongo que quedamos únicamente nosotros. No sólo no he practicado con el lanzavenablos, sino que apenas lo he visto usar –afirmó Jalodan, el primo de Morizan, hijo de la hermana de Manvelar, que estaba de visita en la Tercera Caverna. Tenía previsto viajar con ellos a la Reunión de Verano para reunirse con su caverna.

Y eso era todo: doce hombres y mujeres dispuestos a dar caza a un número semejante de leones, animales más rápidos, fuertes y feroces, que vivían de cazar a presas más débiles. Ciertas dudas empezaron a asaltar a Ayla, y un escalofrío de temor recorrió su cuerpo. Se frotó los brazos y sintió el vello erizado. ¿Cómo podía siquiera ocurrírseles a doce frágiles humanos atacar a una manada de leones? Miró al otro carnívoro, el que ya conocía, y le indicó que permaneciera con ella, pensando: «Doce personas... y Lobo».

–Bien, vamos allá –dijo Joharran–, pero todos juntos.

Los doce cazadores de la Tercera y la Novena Caverna de los zelandonii se encaminaron, todos a una, hacia la manada de felinos descomunales. Iban armados con lanzas provistas de afiladas puntas de sílex, hueso o marfil lijado hasta dejar bien aguzado el extremo. Algunos llevaban lanzavenablos capaces de arrojar una lanza a una distancia mucho mayor y con más fuerza y velocidad que arrojándola a mano, pero ya antes habían matado leones simplemente con lanzas. Acaso ésa fuese una prueba para el arma de Jondalar, pero sería una prueba aún mayor para el valor de quienes cazaban.

–¡Fuera! –vociferó Ayla cuando se pusieron en marcha–. ¡No os queremos aquí!

Otros imitaron la cantinela, o variaciones de la misma, profiriendo exclamaciones y gritos en dirección a los animales conforme se aproximaban, ordenándoles que se marcharan.

En un primer momento, los felinos, jóvenes y viejos, se limitaron a observarlos. De pronto, algunos comenzaron a moverse: se adentraban en la hierba que tan bien los ocultaba y volvían a salir, como si no supieran qué hacer. Los que se retiraron con sus crías volvieron después sin ellas.

–Parece que no saben qué pensar –comentó Thefona desde el centro de la partida de caza, sintiéndose un poco más segura que al principio, pero cuando de repente el enorme macho les gruñó, todos se sobresaltaron y pararon en seco.

–No es momento para detenerse –exhortó Joharran, siguiendo adelante.

Reanudaron la marcha, al principio en una formación un poco más vacilante, pero volvieron a estrechar filas conforme avanzaban. Los leones se movieron, algunos volviéndoles la espalda y desapareciendo entre la hierba alta, pero el macho gruñó de nuevo y se mantuvo firme en su sitio, empezando a resonar dentro de él el inicio de un rugido. Otros varios grandes felinos se situaron detrás de él. Ayla percibía el olor del miedo entre los cazadores humanos, y tenía la certeza de que los leones también lo olfateaban. Ella misma sentía miedo, pero el temor era algo que las personas podían vencer.

–Creo que es mejor que nos preparemos –dijo Jondalar–. Ese macho no parece muy contento y tiene refuerzos.

–¿Puedes alcanzarle desde aquí? –preguntó Ayla. Oyó la sucesión de sonidos que solían preceder el rugido de un león.

–Posiblemente –respondió Jondalar–, pero preferiría estar más cerca más para no errar el tiro.

–Y yo no sé si acertaré a esta distancia. Tenemos que acercarnos –instó Joharran, y continuó su avance.

Los demás se apiñaron y lo siguieron, sin dejar de gritar; aun así, Ayla pensó que sus voces sonaban más vacilantes a medida que se aproximaban. Los leones cavernarios quedaron inmóviles y parecieron tensarse mientras observaban a esa extraña manada que no se comportaba como los animales de presa.

De pronto todo se aceleró.

El gran león macho rugió, un sonido ensordecedor y pasmoso, sobre todo desde tan cerca. Se echó a correr hacia ellos, y cuando se disponía a saltar, Jondalar arrojó su lanza.

Ayla había permanecido atenta a la hembra situada a la derecha de Jondalar. Poco más o menos en el momento en que él hacía su lanzamiento, la leona emprendió la carrera, dispuesta a atacar.

Ayla dio un paso atrás y apuntó. Casi sin darse cuenta, levantó el lanzavenablos ya armado y arrojó la lanza. Para ella era un acto tan natural que ni siquiera parecía un movimiento intencionado. Jondalar y ella habían utilizado el arma durante todo un año, en el viaje de vuelta a la caverna de los zelandonii, y ella poseía tal destreza que usarla era casi una acción espontánea.

La leona saltó, pero la lanza de Ayla la alcanzó en pleno vuelo desde abajo, alojándose con firmeza en su garganta y causándole una herida mortal. La sangre manó a borbotones de la leona desplomada en tierra.

Ayla se apresuró a sacar otra lanza del carcaj y la colocó de inmediato en el lanzavenablos, mirando alrededor para ver qué más ocurría. Vio volar la lanza de Joharran, y al cabo de un instante siguió otra. Advirtió que Rushemar, por su postura, acababa de tirar. Vio caer a otra leona enorme. Una segunda lanza hirió a la bestia antes de tocar el suelo. Otra hembra se acercaba. Ayla disparó, y vio que alguien más había lanzado poco antes que ella.

Sacó otra lanza y la colocó, asegurándose que la encajaba bien: la punta, que iba acoplada a un trozo de asta ahusado cuya función era desprenderse del asta principal de la lanza, quedó afianzada, y el orificio del extremo opuesto del asta estaba bien ajustado al gancho en la base del lanzavenablos. Volvió a mirar alrededor. El enorme macho había caído, pero aún se movía; sangraba pero no había muerto. Su hembra sangraba también, pero permanecía inmóvil.

Los leones desaparecían entre la hierba tan deprisa como podían, y al menos uno de ellos dejó un rastro de sangre. Los cazadores

humanos, reagrupándose, echaron una ojeada en torno y empezaron a sonreírse.

–Creo que lo hemos conseguido –dijo Palidar, y en su cara comenzó a dibujarse una amplia sonrisa.

Nada más pronunciar estas palabras, un amenazador gruñido de Lobo captó la atención de Ayla. El lobo se apartó rápidamente de los cazadores humanos, seguido de cerca por Ayla. El macho, sangrando profusamente, se había levantado y avanzaba otra vez hacia ellos. Con un rugido, saltó hacia el grupo. Ayla casi palpó su cólera, y no podía reprochársela.

Justo cuando Lobo llegó ante el león y se dispuso a atacar, manteniéndose entre Ayla y el gran felino, ella arrojó la lanza con todas sus fuerzas. Vio otra disparada al mismo tiempo. Las dos dieron en el blanco casi simultáneamente con un ruido sordo. Tanto el león como el lobo se desplomaron. Ayla ahogó una exclamación al verlos caer bañados en sangre, temiendo que Lobo estuviese herido.